



GACETA DEL BELLO SEXO.

Revista de Literatura, Educacion, Novedades, Teatros y Modas.

Advertencia.

Las señoras Suscriptoras cuyo abono cumple en fin del presente, se servirán renovarlo, si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números.

DE LA AUTORIDAD MARITAL.

El matrimonio puede decirse que es la legítima asociacion de dos seres inspirada por la naturaleza, y de la cual resultan otras criaturas capaces de reemplazarlos algun dia en la sociedad: pocos son los que comprenden las obligaciones y vínculos que contraen en semejante asociacion, de donde provienen los resultados nada felices que comunmente ofrece. Si fuéramos á juzgar y determinar estos deberes, era preciso ante todo examinar y conocer el fin que se propusieron marido y mujer al enlazarse, ó las causas y circunstancias especiales que motivaron su union, pues segun serán unos y otros así nos ofrecerán

ejemplos mas ó menos satisfactorios, y así nacerán los vínculos y deberes con arreglo á sus propósitos; pero como quiera que semejante análisis, sobre ser difuso exigiria viciosas reflexiones que se oponen á mi propósito de ser breve, prescindiré de todas ellas, así como de las infinitas circunstancias que son menester reunir para constituir felices á los esposos, y me concretaré tan solo á dar una rápida ojeada sobre lo que llamamos autoridad marital, sin perjuicio de dedicar otros artículos á la solucion de este problema que cada hombre plantea á su antojo.

La superioridad del hombre sobre la mujer se funda en su naturaleza, pues siendo mas robusto y fuerte debe ampararla y protegerla; hé aquí el origen de la autoridad que se le confiere, y que, como todas las de la tierra, se funda en los beneficios que el mas fuerte puede proporcionar al mas débil; pero veamos si conforme acatamos esta autoridad por ley natural, cumple quien la desempeña con los preceptos de la naturaleza.

Sin necesidad de aducir silogismos que prueben la igualdad de derechos que existe entre el hombre y la mujer, establecida por la razón que repele y condena todo abuso; confiesan y conocen todos, que la autoridad del marido tiene determinados límites prescritos por el mismo Dios. Pero esta autoridad que sufre tan frecuentes interpretaciones, solo le ha sido conferida para la protección, el amparo, la defensa y el sosten de su mujer, de ese otro *sér* criado para asociarse á él, pero nunca para oprimirlo ó maltratarle á título de que dispone de la fuerza; esta fuerza debe considerarse en un sentido puramente metafísico, pero jamás material: si leyes injustas en algunos países, y costumbres bárbaras en otros, conceden al marido un poder ilimitado; y si este en casi todo el mundo se supone el derecho de ejercer sobre su mujer un dominio absoluto y cruel, la equidad y la moral condenan esas costumbres, esas leyes y ese abuso, destruyen semejantes ficticios derechos usurpados á la igualdad que fundó el Criador, y de acuerdo con la humanidad, dicen á los esposos, que la autoridad que les fué deferida solo es para escudar á la mujer de los males á que la espone su flaqueza, pero que sus derechos y deberes son absolutamente iguales y recíprocos; por manera que, todo desnivel ó abuso en ellos por una ú otro parte rompe el nudo de su mútua felicidad.

Desgraciadamente es muy común que prevalezca el dominio del marido; y no en balde vemos muchas esposas infelices; criado el hombre desde niño con máximas de una desmedida libertad, crece dueño de sí mismo, y por consiguiente con hábitos viciosos; así es que escluyendo el reducido número de los que pueden calificarse hombres próbos y morales, la mayor parte se casan convencidos de que compran una alhaja material, cuyo uso puede hastiarles, y por consiguiente desprenderse de ella si llega este caso: muchos juzgarán exagerada esta comparación; pero no lo es; recorred la sociedad y vuestras conciencias y me dareis la razón.

El marido por lo regular cree sus faltas, sean de la especie que quieran, de ninguna trascendencia; así como determina de graves las mas leves de su mujer; en este caso, uno de los en que la autoridad marital decide y falla, y de mayores consecuencias en el matrimonio, basta solo su ejemplo para determinar la mala inteligencia que se tiene en general de dicha autoridad: las faltas del marido, no porque puedan ocultarse mas fácilmente, dejan de ser menos perjudiciales y de mayores consecuencias que las de la mujer: descender á un detenido exámen en esta materia seria trabajo demasiado difuso; solo sí diré, que los maridos en general se juzgan autorizados como señores de sus mujeres, para obrar siempre segun su capricho, lle-

gando en algunos este error hasta el extremo de cometer deslices, que si los vieran en su mujer castigarían con rigor. «Hay maridos, dice un antiguo filósofo, que exigen de sus mujeres una fidelidad que ellos mismos violan; se parecen á aquellos generales que huyendo cobardemente del enemigo, quieren que sin embargo sus soldados sostengan su puesto con valor:» semejante comparación en boca de Plutarco dice mucho mas de cuanto pudiera significar con mi pobre pluma respecto á los maridos que poseídos del egoismo y el orgullo de ser hombres, se convierten en tiranos de sus esposas.

EMILIA DE T.

LA VIOLETA.

Reina de los pensiles;
Pura, fragante y encendida rosa,
Honor de los abriles;
Por tus gracias gentiles
Debes estar ufana y orgullosa.

Porque á tí celebraron
Los poetas, cantando sus amores;
Y diosa te llamaron,
Y á tí te adjudicaron
De la belleza el premio entre las flores.

Y tú, clavel airoso,
De perfumada púrpura vestido;
Empuña magestoso
En el vergel frondoso
El cetro que la rosa te ha cedido (1).

Tu cándida blancura,
Alabastrina flor, bella azucena,
Es de la virgen pura

(1) Porque en la estación de los claveles ha concluido ya la de las rosas.

Emblema; y tu frescura,
Y tu fragancia, que el ambiente llena.

Mas yo humilde no intento
Seguir de los sublimes trovadores
Las huellas por el viento:
Que mi débil acento
Llegar no puede á tan preciadas flores:

Y á mí mas me enamora
Cuanto mas escondida la belleza;
Que el Dios que el alma adora
Su imagen bienhechora
Nos oculta también, y su grandeza!

A tí, pues, florecilla,
La mas humilde que creó natura:
A tí, la mas sencilla
Pequeña maravilla,
Que en prados y jardines brotas pura,

Balsámica VIOLETA:
Dedicaré los sonos de mi lira;
Porque tú eres discreta
Y guardarás secreta
Esta pobre canción de quien te admira!

¡ Tan tierna y primorosa!
¡ tan bella y seductora!
¿ por qué olvidada yaces
tímida linda flor?

Siendo tú tan hermosa,
VIOLETA encantadora,
eres desde que naces
emblema de dolor!

No en balde te vestiste,
por orden del destino,
de ese matiz tan tierno
símbolo de humildad.

Pero color tan triste,
cual es triste tu sino,
que á injusto olvido eterno
condena tu beldad.

Mas el perfume,
que dulce exhalas,
traidor te vende,
modesta flor.

Y hasta los cielos,
del viento en alas
muy puro asciende
tu grato olor.

En vano es que su sombra
te presten los rosales:
en vano, si te oculta
el matorral soez.

Si entre la verde alfombra
avergonzada sales,
tampoco te sepulta
allí tu pequeñez.

Porque el perfume,
que dulce exhalas,
traidor te vende,
modesta flor.

Porque tu aurora,
del viento en alas,
dó quier estiende
tu grato olor.

Ufano el arroyuelo
al ver tu gentileza
desdeña de otras flores
el orgulloso amor.

Y goza con anhelo
tu tímida belleza,
cantando tus primores
en són arrullador.

Y en su murmullo
tierno te aclama,
del campo estrella
su gala y préz.

Del valle ameno
reina te llama,
donde descuella
tu sencillez.

MANUELA MORANT,
Marquesa del Surco.

LAS MUJERES EN EL CELESTE IMPERIO.

Acaso no hay un pueblo cuyos rasgos fisionómicos sean mas universalmente conocidos que el de la China: la circunstancia de no parecerse á ningun otro le dá un carácter original, y la inmutabilidad de costumbres les imprime aquella especie de uniformidad de que uno se apercibe con admiracion en todos sus individuos. Efectivamente, todos los chinos parecen haber sido vaciados en un mismo molde. Su peinado, corte de vestido, modo de andar y calzado son los mismos desde hace ya siglos.

Las mujeres tienen naturalmente el cutis blanco; mas á pesar de eso para dar mayor realce á la blancura, de que son tan aficionadas, usan de una composicion de leche y albayalde, y se pintan las mejillas, labios y encías con un color de rosa brillante.

Las hijas del Celeste imperio tienen los ojos pequeños y ovalados: no conservan de sus cejas mas que una línea sutil y arqueada, y algunas la hacen desaparecer del todo, reemplazándola por una ligera hoja de sauce, en cuyo adorno desplagan la mayor habilidad y un verdadero conocimiento de dibujo. Sus cabellos enteramente recogidos atrás, y cayendo en trenzas sobre la espalda, les dejan la frente del todo descubierta. Muéstranse singularmente apasionadas de las flores: no hay mujer de cualquiera condicion que sea, que en todas las estaciones del año no las lleve naturales ó artificiales entre las trenzas de sus cabellos: este es el único tocado que usan, cubriéndoselo para salir de casa con un ligero velo.

Conviene sin embargo advertir que las señoras de alto rango se cubren la cabeza con una gorra de terciopelo negro adornada de pedrería, y que las jóvenes no llévan recogido atrás el cabello como las mujeres casadas, sino pendiente en trenzas por ambos lados del rostro.

Las mujeres chinas tienen por lo general los brazos largos y delgados, las manos pequeñas y la estremidad de los dedos adornada, ó mejor dirémos, armada de uñas de desmedida longitud, pues las dejan crecer indefinidamente, sosteniéndolas, para precaver cualquier accidente que pudiese romperlas, con sutiles láminas de plata que colocan debajo de ellas con notable destreza.

La moda de las uñas largas no ha llegado aun en Francia á este grado de perfeccion; sin embargo ya hay muchas elegantes que dejan tambien crecer sus encantadoras garras, que, segun se dice, están destinadas para defender su recelosa virtud.

Todo el mundo sabe que las mujeres del Celeste imperio tienen el pié ridículamente pequeño, ó hablando con mas propiedad, cruelmente estropeado.

Apenas empieza á andar una niña, cuando le replegan los pobres dedos del pié sobre sí mismos, sujetándoselos fuertemente

con vendas de seda: solo el pulgar es el que conserva su libertad. De esta operacion resulta, que como los dedos no reciben la nutricion necesaria para su desarrollo, jamás llegan á conseguir su volúmen natural: el pié queda pequeño, es verdad; pero tan sin gracia, que no siendo por el único dedo que ha crecido lo conveniente, podria compararse su elegante forma á la de una ostra, ó á la de una pezuña de caballo. Se parecen los pobres piés arreglados de este modo á las botas del famoso Sakoski, que no estaban hechas para andar: así es que cuando las señoras de la China tienen que servirse de ellos para este uso vulgar, padecen mucho y tienen que andar cojeando y dando saltitos, y en vez del donoso y elegante modo de andar de nuestras compatriotas, se mueven con la misma torpeza que podría hacerlo una záfia villana abrumada de peso.

Las damas tártaras jamás han querido entrar en esta moda, y las mujeres del pueblo que tienen que procurarse el sustento por medio de un trabajo diario y penoso, aunque quisieran adoptarla, no podrian. Esta elase de mujeres es la única que gasta medias, pues las que alcanzan el doloroso honor de tener el pié pequeño se creerian deshonradas llevándolas. En vez de medias usan unas vendas de seda que enlazan en torno del pié y de la pierna. Sus zapatos son siempre de tela, la suela de estos es blanca, gruesa, ancha y ligera; compónenla de varias hojas de papel encoladas y cubiertas por debajo con un pergamino. De este calzado puede decirse lo mismo que de los piés, esto es, que no está hecho para andar, y de aquí resulta que aunque poco sólido, es sin embargo de larga duracion.

En China la obesidad de los hombres está considerada como hermosura y reputada por defecto en el bello sexo; por consiguiente, ellas procuran esmeradamente conservar su talle esbelto y elegante; mas á pesar de eso no se sujetan como las europeas á los tormentos del corsé.

La forma de su vestido es estremadamente sencilla: no usan de camisa, y en vez de ella visten como primera parte de su traje una sutil redecilla, que como todas las demas telas que componen su vestido, es de seda; sobre esto colocan una especie de chupa y un ancho pantalon sujeto en la cintura y en la garganta del pié: estas prendas quedan casi ocultas por una túnica de raso de mangas anchas, que se replega en torno del talle por medio de un cinturon. En invierno todas estas prendas estan guarnecidas de pieles, y la eleccion de sus diversos colores denotan el buen gusto de la que las viste.

La vida de una dama china no agradaria del todo á nuestras encantadoras europeas.

Por de pronto diremos que los chinos consideran como una desgracia el tener muchas hijas. Dícese, aunque segun yo creo no es una cosa enteramente probada, que los padres abusan con frecuencia del derecho de vida y muerte que la ley les concede sobre sus hijos para ahogar á las hijas en el instante de su nacimiento. Sin que demos por cierta la horrible práctica de tan bárbara costumbre, podemos asegurar que el nacimiento de una hija en una familia china es mas bien un objeto de pesar que de alegría.

Las hijas de los Mandarines y de la clase elevada, puede decirse que desde la edad de siete años no ven á ningun hombre: desde entonces cesan de habitar y de comer hasta con sus propios hermanos.

A los doce años dejan de salir de casa y de presentarse en público. Solo pueden ver á la gente que no sea de su casa por entre celosías y cortinajes, y eso sin ser vistas. Para poder ver lo que pasa por la calle, colocan en la parte exterior de las ventanas de sus habitaciones espejos dispuestos de modo que reflejan las imágenes á otro espejo interior en donde ellas pueden observarlas.

A estas niñas se les dá una educacion análoga á la suerte que les espera: se les enseña á hilar, á tejer seda y lana, á bordar, á tocar una especie de laud, á dibujar flores,

y á ofrecer sacrificios á las divinidades: y como no saben leer ni escribir, quedan, respecto de todos los demas conocimientos, en la mas completa ignorancia. Semejante educacion, como desde luego se advierte, no es ni larga, ni difícil: á los quince años por lo regular, está ya terminada, y entonces las jóvenes quedan admitidas al goce de todos los privilegios de las mujeres.

Pero hasta cumplir veinte años no pueden casarse.

(Se concluirá.)

Á CONCHA.

De mi jardín querido
tú eres la palma:
Sola tú me enamoras,
Concha del alma!
El fuego de tus ojos
constante miro;
Por tí exhala mi pecho
blando suspiro.
Tú has secado mil veces
mi ardiente lloro;
Bien sabes, mi consuelo,
cuánto te adoro!
Las *conchas* enamoran
al tierno niño,
Que las contempla ufano
con gran cariño.
Y al fin arrebatado
con su embeleso,
Gozoso las imprime
de amor un beso.
¡Quién se volviera niño
para besarlas,
Y junto al débil pecho
siempre guardarlas!
El pobre peregrino
de *conchas* viste;
Siempre fueron las *conchas*
remedio al triste.
Dichoso el que, á la orilla
del mar, rescata
En cestilla de mimbrés
conchas de plata.

Sus fulgores, mas bellos
son que diamantes;
Los ojos se fascinan
con sus cambiantes.

Dichosa la barquilla
que, empavesada,
En la *concha* del puerto
logra su entrada.

No peligran sus palos
ni banderolas,

Ni azotan sus costados
las bravas olas.

Concha se llama el seno
dó nacen perlas,
Por eso cuesta tanto
¡ay! poseerlas.

Concha se llama el iris
de mis amores,
Mi estrella venturosa,
flor de las flores.

Ella es la que mitiga
mi acerbo duelo,

Y el ángel cariñoso
de mi consuelo.

De mi jardín querido
ella es la palma,

¡Sola tú me enamoras,
Concha del alma!

JULIAN SANTIN DE QUEVEDO.

REVISTA DE MADRID. (1)

Casi atontecido y triste te escribo hoy, lector piadoso, pues asunto de gran monta es para mí saber que cuando este artículo llegue á tus manos habrá corrido un año mas para los dos; habrá dado una vuelta mas la rueda

(1) Este artículo se ha escrito en el día de Inocentes, y esperamos que por esta razón nos disimulen nuestras suscriptoras si, sin ejemplar, nos dirigimos al sexo feo.

del tiempo, y habrá pasado un eslabon mas de la cadena de la vida.

De intento parece que los hombres colocaron las diversiones de Pascua en los últimos y primeros dias de cada año, y no parece si no que quisieron con esto ahogar entre bailes, fiestas y ruido el triste *adíos* que el hombre daría en esta época á la hoja de la flor de su vida que veía desaparecer en alas del tiempo.

Tú que has visto pasar la *Noche-buena*, lector queridísimo, y habrás oído la algazara de tambores, guitarras y panderetas; tú que en la Pascua habrás presenciado mas de un *ataque á la propiedad*, autorizado por la ley consuetudinaria, y habrás sufrido en el dia de *Inocentes* las bromas de los semejantes tuyos á quienes tu *buena fé* haya servido de dulce solaz; porque en el dia la *inocencia* y la *buena fé* son objetos de risa entre los hombres: tú tambien, lector mi amigo, verás la costumbre semi-salvaje de los gallegos la noche *víspera de Reyes*, y no preguntes por qué tales usos se conservan en nuestro siglo, porque usos son ellos tan *luminosos* como infernales, y por las dos cosas les cogen bien las ideas de la centuria en que vivimos, y se amoldan á ellos. Pronto tu mala ventura, lector, te deparará en la calle esa especie de hordas salvajes, compuestas de hombres con trazas de condenados; luego, á imitacion de las suertes de año nuevo, tendrás los *estrechos* de la noche de *Reyes*, y la verdad sea dicha, en mas de una estrechura pueden colocar los tales juegos, pues entre nosotros es costumbre rancia demostrar el agradecimiento, la preferencia ó la satisfaccion por medio de dádivas, único modo de que mueva el corazon de nuestros queridos semejantes; y si en estos *juegos de dar y tomar* te toca la iniciativa, en mas de una estrechura, como digo, puedes verte si es que

conservas algo de aquello que nuestros abuelos llaman honra, y que nosotros no llamamos nada, á no ser que forme una de las *nuevas mercaderías* de la gran plaza del *Mundo*, en cuyo caso, á su debido tiempo, se les bautizará con el nombre *comercial* que le corresponde.

Ya que te he hablado, lector piadoso, ligeramente de algunas de las costumbres de Navidad, debiera decirte algo y aun *alcos* de teatros; ¿pero qué podría contarte que no estés cansado de saber, si no eres un misántropo, y si amigo, como te supongo, de diversiones?

Si fuéste al Circo *Por seguir á una mujer*, aunque en el DRAMA te pareciese la *Boba fingida*, te convencerías en el PRINCIPE de que cuando *Entre bobos anda el juego* es inocentada convidar á un *Hambriento en Noche-buena*, para que luego diga *Me he comido á mi amigo*, mucho mas en estos dias en que en el DRAMA se dá *Fin del Pavo, Jugando por tabla* y *Por poderes*. En fin, si despues de ver en el INSTITUTO una *República teatral*, tuviste la humorada de buscar en el TEATRO REAL el honor castellano (*Hernani*), estoy segurísimo, tan bonachon como pareces, que no habrás dejado de esperar en VARIETADES *La Venida del Mesias*, despues de algunos *Percances de Noche-buena*. Como, pues, han sido tantas y tan variadas las funciones teatrales de Pascua, no quiero ocuparme de ellas por no alargar demasiado este artículo; pero te aplazo, lector, para el número inmediato; y si Dios es servido de conservarme la vida, te hablaré de escritores y teatros con la mesura y circunspeccion que exigen estas cosas.

MODAS.

Inútil parece hablar de trajes y de sus hechuras en esta temporada en que no se pensaría mas que en lucirlos, si la temperatura tan desagradable que experimentamos hubiera permitido mas concurrencia en los paseos.

Por otra parte, como los dias son tan cortos, y los convites y teatros absorben generalmente la atencion, las señoras no han pensado en vestirse sino para esta clase de funciones de mas ó menos lujo.

Citaremos algunos de los trajes de *soirée* que mas nos han gustado en las reuniones á que hemos asistido.

Un vestido de gró rosa con una sobre falda de tul del mismo color: esta tiene tres volantes anchos en ondas, ribeteados de cinta de raso estrecha, ligeramente fruncida. Sobre estos tres volantes se colocan otros tres mas pequeños de encaje, puestos al nacimiento de las ondas de los anteriores. El cuerpo es liso, escotado, y con *berta-fichú*, formada de cuatro guarniciones del mismo encaje.

Otro que nos agradó sobremanera por lo vaporoso y diáfano, se compone de tres faldas de tul blanco en ondas, guarnecidas de dos órdenes de tul de ilusión: dos abrazaderas de flores de enredaderas de todos colores levantan por ambos lados en la cadera la falda superior: el cuerpo sencillo y rizado á la griega.

El peinado cada dia es mas esmerado: sobre los bandós huecos se coloca una trenza á modo de diadema, y por detrás forman cocas las trenzas ó retorcidos, mezclados con arte tan combinado, que requieren la mano de un buen peluquero.

Las peinetas vuelven á recobrar su imperio: para reuniones de tono se llevan de diadema, guarnecidas de perlas ó diamantes; para las de mas confianza continúan las de concha.

Entre las telas antiguas que vuelven hoy al dominio de la elegancia se habla del *Gourgouran*, que se parece al tafetan *broché*. Es un tejido muy fuerte y tupido, que recuerda con exactitud la magnificencia del tiempo de Luis XIV. Un vestido de esta tela es estremadamente lujoso, y requiere una manteleta de terciopelo guarnecida de piel de marta, y una capota de raso y terciopelo blanco con pluma rizada.

Las manteletas de mas lujo son siempre las de terciopelo, negro con preferencia; se adornan con pieles, blondas, ó con agramanes y flecos de azabache: estas son las mas comunes. La blonda no se coloca á la orilla del terciopelo como antes; se pone encima en tres ó cuatro órdenes, y luce mas.

LA ROSA.

Dias pasados tuvimos el gusto de asistir al segundo baile de máscaras de esta elegante sociedad, que celebra todos los jueves sus reuniones semanales, y el esquisito gusto de los trajes de algunas señoras, el orden y compostura que reinan en el salon, y la etiqueta y finos modales de sus sócios, nos inducen á creer que difícilmente se encontrará en la corte otra reunion que llene mejor las condiciones de tal en estas interminables noches de invierno.

CHARADA.

*Prima y segunda me quito,
segunda y tercera temo,
primera y tercera paso,
y de mi todo me acuerdo
mucho mas en el estío,
que en el rigor del invierno.*